¡HOLA! EUROPA

BEATRIZ MONREAL

Diversas son, sin duda, las motivaciones que nos empujan a viajar. Los folletos de viaje nos alientan a vivir experiencias más sofisticadas, itinerarios más exquisitos. Basta elegir una buena documentación para conocer medio mundo, los lugares más recónditos, los parajes más lejanos sin movernos del sillón.

Nada, sin embargo, me ha causado tanto estupor como escuchar las razones de la elección de un itinerario como el de aquellas tres señoras argentinas. Desayunábamos en un albergue de Estrasburgo en medio de un guirigay espantoso de chicos y chicas portugueses, italianos, franceses y por supuesto vascos que, por una vez en la vida, no eran los que más gritaban. La incomodidad del sitio no invitaba a demorarse y los decibelios nos rompían los tímpanos. Y, hete aquí que se sientan a nuestro lado tres señoras; una mayor, las otras dos pasaban del medio siglo y con esa cadencia tan especial de los argentinos empiezan a charlar con nosotras. Les explicamos que venimos del País Vasco, que estamos invitados por el Parlamento Europeo, enfín... y ¿ustedes?. Esa sencilla pregunta da paso a un torrente. Las señoras son argentinas. Llevan un mes viajando desde que salieron de Madrid, otro tanto desde que abandonaron su país. Se han recorrido Europa de abajo a arriba y de izquierda a derecha y regresarán, por nuestro país, hasta Galicia lugar del que procedían sus antepasados, unos de Lugo, otros de un pueblecito cercano a Santiago. ¿Que qué recorrido seguían?. Ellas se guiaban por el "HOLA". ¿Por "HOLA", por la revista "HOLA"? Exactamente, por "HOLA". Estaban "flipadas" por las familias reales, por la aristocracia y elegían sus itinerarios en función de los lugares en los que veraneaban o invernaban los personajes de esas familias. Motril les interesaba por Fabiola y Balduino. Les Baux-de-Provence por la pobre Carolina. No recuerdo a qué lugar de Suiza peregrinaron siguiendo los pasos de Otto de Habsburgo y, con lástima, dejaban Mallorca de lado.

¡Aquello era un auténtico culebrón!. Les preocupaba Isabel Sartorius, admiraban al Príncipe Felipe, se interesaban por los novios de las Infantas, pero no les atrajo el itinerario de la Preysler, ni el de las artistas que ya copaban la revista. Se les iba reduciendo el mapa porque los personajes de la farándula no tenían categoría suficiente para alternar, aunque sólo fuera a través de las páginas de una revista, con las familias dinásticas. Se me ocurrían maldades. Nos mirábamos de reojo sin atrevernos a sonreir. Se me ocurrían maldades. Me inventé sobre la marcha un ligue para Don Juan Carlos. Abrieron unos ojos enormes, descomunales. La idea no les gustó. ¿Y la Reina?. Moví la cabeza. No lo sé, les dije. Pero esto no es Inglaterra. El ambiente se caldeaba. La mesa estaba llena de migas y los alumnos se afanaban ya con las maletas. ¿Y en Estrasburgo -preguntaron- hay algo interesante que visitar?. No me dio tiempo a responderles demasiado pero como me quedé con las ganas, he pensado que, quizás, a los lectores de OARSO les gustaría saber por qué las gentes del Koldo Mitxelena y los de Playaundi de Irún viajábamos en grupo por Estrasburgo. Así que se lo voy a contar.

Recibimos una invitación para visitar el Parlamento y asistir a una sesión en el Palacio de Europa. Antes otros estudiantes ya habían viajado a Bruselas. Aprovechamos para visitar, de camino, la Cité de Carcassonne, la mayor fortaleza de Europa que desde la Edad Media aguanta impertérrita con su doble muralla y sus numerosas torres defensivas. Allá dentro, la Basílica de San Nazario conserva sus vidrieras desde el siglo XIII. Dicen que son las más importantes del Mediodía Francés. Guiados por miembros de la CRS (policía francesa) conseguimos llegar al albergue de Vénissieux, a las afueras de Lyon. ¡Qué ciudad tan enorme!. Aquello era un laberinto inextricable. Maletas abajo, maletas arriba, a Estrasburgo. Deprisa, deprisa, para no retrasarnos y llegar a punto al Palacio de Europa. Otro guía amable, un señor con un perro que casi no cabía en el autobús se nos cuela en él y aprovechando que el Rin pasa

Cenando con Bárbara Dührkop, parlamentaria europea en la "Petite France"

por Estrasburgo o lo que da lo mismo, el Ebro por Zaragoza, nos mitinea de lo lindo sobre la opresión que ejerce Francia en la Alsacia alemana... Muchas gracias, caballero.

Un bosque de controles, una charla sobre el funcionamiento del Parlamento a cargo de Ramón, las sonrisas de Arantxa. ¡Qué bien responden los alumnos a determinadas cuestiones!. Pasamos a la sesión que se desarrolla en el hemiciclo donde se sientan algunas veces 563 parlamentarios. Asistimos a la pregunta oral con debate del grupo Arco Iris, a la Comisión sobre el control de los residuos de la carne (hormonas, beta-agonistas y otras materias). Observamos posturas dispares. Los traductores y traductoras saltan de un idioma a otro con rapidez y precisión. Oímos hablar griego, inglés, alemán, portugués, francés...

Por orden alfabético el primer parlamentario/a es Adam, en el escaño 89 y el último se llama Zawos, en el 563.

Estamos intranquilos pensando en la cena. El restaurante del Pont Saint Martin en la Petite-France nos recibe estupendamente y nos hace degustar la gastronomía alsaciana. Allá volveremos a encontrarnos con las parlamentarias socialistas por cuya mediación hemos viajado a Estrasburgo, Ana Miranda y Bárbara Dührkop. Juerga, vino, fotos. Afortunadamente nadie cayó al canalillo. Estrasburgo se nos aparecía con otra luz al siguiente día. El fuerte calor nos empujó a un paseo por los canales. El Rin, cuyo segundo puerto se encuentra en Estrasburgo, hace que la ciudad tenga numerosos canales. La visión de la ciudad desde el agua nos sorprende pero también la piedra rosa de la magnífica catedral, a la que accedemos por callecitas flanqueadas por casas cruzadas por vigas oscuras. Por aquellas calles anduvieron Guttemberg quien llegó huído hacia 1434, Goethe hacia mediados del s. XVIII buscando con la impaciencia propia del romántico la tumba de Erwin, el genial constructor que trabajó en el más puro estilo gótico la fachada de la catedral. Se está bien dentro de la catedral. El reloj astronómico con toda la complicación de su maquinaria atrae la atención de los viajeros.

Los días de la semana son representados por divinidades. Diana, Marte, Mercurio, Júpiter, etc. Cada cuarto de hora se oyen dos sonidos. El primero de los cuales es activado por uno de los ángeles que se encuentran en el cuadrante del

Un grupo de profesoras de "Playaundi" y del "K. Mitxelena" con Ana Miranda, parlamentaria europea

"tiempo medio", el segundo, por una de las Cuatro Edades que desfilan delante de la Muerte en la parte superior del reloj. El Niño toca el primer cuarto, el Adolescente, el segundo, el Hombre, el tercero, el Anciano, el cuarto. La Muerte es la que hace sonar las horas. Toda una reflexión.

La proximidad de Alemania nos hace caer en la tentación. Volveremos por Friburgo, aunque sólo sea un ratito para dejarnos sorprender por una ciudad luminosa. Friburgo de Brisgovia, llena de bicicletas, sin coches, con zonas peatonales, brillando como un diamante en una mañana recién estrenada. El mercado rodeando la catedral, otra joya del s. XIII, nos ofrece todo un muestrario de colores, con sus frutas, las primeras de la temporada, ramilletes de flores, el aroma de las salchichas asándose... Los colores de las casas, de la Kaufhaus o casa de los comerciantes, con sus torretas rematadas de azulejos brillantes y sus pequeñas esculturas, las fachadas de las casas de la burguesía del alto Rin, en gótico tardío, la entrada al patio de la casa de la ballena o la casa de los cereales con su fuente de pescado de finales del XV.

Nos espera Colmar. Allí la visita a un viejo amigo: el ángel músico de Grünewald. El ángel forma parte del impresionante retablo de Issenheim, una de las obras maestras de la Edad Media y de todos los tiempos. Grünewald parece no querer saber nada de un arte pagano y satisfecho. Su crucifixión es un paroxismo de la violencia.

Todavía nos dará tiempo de echar un vistazo al Palacio de los Papas en Aviñon. La luz cambia. Aviñón es el Mediodía. También cambia el paisaje. Hay cipreses y no estamos en un cementerio. La vieja Europa bien merecía este viaje.

Hermanados con los de "Playaundi" de Irún, el grupo completo